

1986

Luis Meana

Viena, fin de siglo

El centenario del nacimiento de Hermann Broch

Los siglos, creatura antropomórfica, son el cascabel que le han puesto los hombres a la historia para saber por donde anda el gato. A pesar de tanta precaución, al final tampoco lo saben porque, más tarde o más temprano, a los hombres lo que siempre acaba por obsesionarles son las leyes que gobiernan el cascabel y se desentienden del gato. Ahí, en la transformación del cascabel en gato, comienza la decadencia de la cultura. Los siglos, sobre el papel, duran todos cien años. Fuera del papel, cada uno hace lo que puede : a unos se les ve una necesidad muy clara e imperiosa de estirarse y de arrebatarse el tiempo del siguiente, otros están como locos por el síncope, las faenas limpias y aseadas, y acabar pronto y cuanto antes. El 19, por ejemplo, tiene una agonía larga y extendida que llega hasta el 14, o incluso hasta el 45, mientras que el 20 parece morir con, y hasta cuando, el 19. Y es que mientras a algunos, como al 19, no les llega, a otros hasta les sobra. ¿Siglos sólo sobre el papel o incluso siglos sólo de papel?. En todo caso, siglos de cascabel. Lo que ya podía sospecharse. Porque a un siglo al que le gusta repetir tanto, y tan alto, aquello de que dios ha muerto, lo que ni siquiera es fórmula suya, más tarde o más temprano le obliga a uno a sospechar que lo único que quiere decir con tanto tono es que no tiene nada que decir de nada ni de nadie, y que su único mensaje es su propia muerte. Y que en paz descanse.

El largo y agónico final del 19 no es, según todos los indicios, sólo el final de un siglo, ni siquiera el final de una época, sino probablemente el final de una forma de civilización y de cultura, la que viene de la Ilustración. La tan traída y llevada fórmula cultural "Viena fin de siglo" no es, por mucho que lo parezca, la descripción del estado cultural de una ciudad en un momento histórico concreto, casualmente el fin de siglo, sino la descripción del estado de desintegración de una cultura y de una civilización en una ciudad concreta, casualmente Viena. Lo que es cosa muy distinta.

1. Kulturkrise

Hace ahora cien años, el 1 de Noviembre de 1886, nacía en medio del apocalipsis Hermann Broch. En su tumba, en el cementerio de Killingsworth (Connecticut), dos palabras resumen la razón de todas sus desgracias : Poet and Philosopher. Poeta de Viena y poeta, lo que ya es más raro, del conocimiento. Poeta-contrasu-voluntad, como lo formuló Hanna Arendt. A Broch alguien o algo le había destinado a ser lo que, en

palabras de Canetti, su amigo y contemporáneo, es siempre el poeta : el perro de su tiempo y a vivir en la impaciencia del conocimiento que es la poesía.

Como poeta de Viena Broch hizo, en su precioso estudio sobre Hofmannthal, una aguda vivisección de la "moribunda Austria" y de la disolución y desintegración fin de siglo. En el arte ve Broch la radiografía de cada época. La forma artística de la época es la ópera : la ópera germana, Wagner, es la expresión de una época insaciable en su ansia de decoración : la ópera es lo teatral y Wagner el espejo del vacío de la época, el genio del Vakuum. ¿Y Viena?. Viena es, en el fin de siglo, despreocupada, alegre, ligera, entretenida, hedonista, rica, amante del arte y el espectáculo. Un "dekorative Amusement". Esa es su única sustancia y legitimación. Viena es el "akute-Wert-Vakuum" por excelencia. Como lo demuestra el arte que crea : el vals y la opereta. No la opereta clásica de Offenbach, que todavía conservaba un humor irónico e incisivo (¿será ése el humor que notamos todavía hoy en Feyerabend?), sino una opereta románticoide y semi-idiota, marcada por el cinismo del entretenimiento decorativo. Esteticista pero sin estética, por su falta de ética, Viena se convierte en la metrópoli del kitsch. El Vals de Strauss es su específico "Vakuum-produkt". La monarquía, lo monárquico y lo cortesano son la manifestación política de esa vacuidad, de su teatralidad, de su carácter de máscara teatral, de esquema vacío y hueco, en el que todo es abstracción. Una ciudad "museal", ciudad museo, petrificada en museo y que confunde cultura con museo. Una cultura suicida que huye del conocimiento para entregarse a la decoración. Porque ese "alegre Apokalypsis" de la Viena de los 80, su vacío sustancial, su arte por el arte, su esteticismo amoral, asocial, esa "Dekoration per excellence" es el humus del irracionalismo y la barbarie que acabará dominando el mundo. ¿No hay en Hitler esa misma teatralidad vacía, esa decoración histriónica, esa inmoralidad llevada a su crueldad más extrema?. ¿No es ése, por decirlo con palabras de Lukacs, el camino filosófico de Alemania hacia Hitler?

2. El Hombre sin biografía

En una cultura como la nuestra, cuya pasión es la actualidad y el entretenimiento, Broch es un nombre, como muchísimos otros, prácticamente olvidado, y no sólo en España. Un autor con fama de difícil y aburrido. Hoy se lleva una cultura más garbosa - de agua, azucarillos y aguardiente- y la gente tiene el oído acostumbrado a proposiciones más dicharacheras como la de que la vida es resolver problemas, o que

uno ha resuelto el problema de la inducción, que, como se sabe, no tiene solución, y además maldita falta hace que la tenga. A toda cultura cansada le surge el sepulturero, el racionalista. Y Broch, como él mismo dijo, es un hombre sin biografía, o sea sin dichos ni marketing: "una cosa comparto yo, en todo caso, con Kafka y Musil: que ninguno de los tres tenemos propiamente biografía: hemos vivido y escrito y eso es todo". ¿Humildad de un siglo en el que los filósofos todavía eran escritores y los escritores filósofos? En realidad no hizo más que escribir biografías: biografía de la novela, como Lukacs, biografía de la crisis de la cultura, como Simmel, de la caída de valores y del proceso de disolución de la cultura, biografía de la época. La suya, la privada, tuvo siempre una apariencia inacabada, incompleta. Nació en Viena en una familia judía enriquecida en la asimilación. Fue ingeniero y empresario. Por el día dirigía la fábrica, por la noche se encerraba a estudiar problemas científicos y filosóficos. Un día de 1927 lo vendió todo y empezó a escribir con cuarenta años. Según Alma Mahler tenía ojos "miéticos", quizá por eso se casó repetidas veces. Huyó a América cuando ya sentía a Hitler en la espalda. Su madre moriría en el campo de concentración de Theresienstadt. En América pasó hambre y penalidades. Una rotura le tuvo diez meses hospitalizado y le dejó cojo para siempre. Fue suicidándose a plazos con un ritmo de trabajo obsesivo. Escribió quince volúmenes, entre obras de filosofía (de la historia, de la ciencia y del conocimiento), escritos políticos, literarios y novelas (el *Schlafwandler*, *Verzauberung*, *La muerte de Virgilio*, *Schuldlosen*). Para algunos es el Joyce alemán, otros ponen sus novelas a la altura de las de Kafka, Proust o Musil, aunque Musil no era precisamente de esa opinión ("si uno se apoya en una pared, la manga se le llena toda de manchas blancas, sin que eso sea plagio"; Musil sobre *Schlafwandern*); y, a pesar de todo, fue creciéndole un sentimiento de irresponsabilidad y de inmoralidad por escribir novelas. El 11 de Abril del 51 sufrió un infarto que le dejó varias horas inconsciente. No pudo recuperarse convenientemente porque no podía pagar el hospital. Con dificultades respiratorias subió y bajó todas las escaleras del metro y viajó en los abarrotados autobuses de Nueva York, en un día cargante, contaminado y bochornoso. Nunca tuvo coche. El 30 de Mayo de 1951 el lechero le encontró muerto en su casa. ¿Un hombre sin biografía o la biografía de una época?

3. Poesía y conocimiento

"La poesía es impaciencia del conocimiento". La biografía del ingeniero Broch no es más que esa impaciencia agobiante y permanente. Quiso acabar con el primado de la máquina, con la divinización de la ciencia -ese 'parvenu' de la cultura, en palabras de Canetti- y con la cientifización del pensamiento. Quiso novelar la ciencia, en una época en la que los científicos se habían convertido ya en héroes de novela, y unificar las dos ramas del conocimiento, cuando ya no contaba más que una : quiso que el conocimiento científico nos llevará, paso a paso, hasta sus límites racionales y que el arte nos hiciera vislumbrar ese "resto" de la totalidad adivinada, que es la misión del arte. Quiso la unidad del logos. Y pensó que la cultura era el único medio de rehumanización restante. Empleó todo su músculo físico, mental, ético, poético y filosófico en esa tarea sobrehumana. Murió fulminado por la empresa y por esa agobiante obsesión por la unidad de la razón poética. Olvidó la seriedad del consejo de su conocido Hofmannthal : "el filósofo..... disfruta de una buena situación tanto en una época grandiosa como en una miserable..... Pero una época que se anula a sí misma, le anula también a él". Desde entonces, la cultura se ha vuelto mucho más cautelosa y responsable : hoy el filósofo, en vez de obsesionarse por dar una explicación de su tiempo y de su cultura -¿no se llamó a eso Filosofía de la vida y de la cultura?-, se contenta, como en una metamorfosis kafkiana, con la obsesión por el rigor, rigor mortis naturalmente, y deja reducida la filosofía a un "si Pepito compra dos kilos de garbanzos a 7 pts. el kilo y le quitan 200 gramos, y pierde un tercio del resto por el camino, y le regala dos quintos de su parte a Manolito ¿ cuánto dinero y cuántos garbanzos le quedan a Pepito?". Hoy la nada, además de multiplicarse a voluntad, no tiene más pasión que nadear y regodearse en su nada. Una nada que también viene de Viena. ¿Será también esa "destrucción de la razón" parte de la "deutsche Misere"?